

Pablo Neruda: una poesía de los cinco sentidos

GIUSEPPE BELLINI

Conferencia plenaria

Con Neruda la sensibilidad poética que se había enriquecido enormemente con el Modernismo, se enriquece ulteriormente: el poeta chileno no deja sentido sin pulsar. Desde sus orígenes romántico-modernistas, a los que siempre quedará fiel, aunque se adhiera originalmente, en *Residencia en la tierra*, al surrealismo, va afirmando una sensibilidad que se vale de asociaciones inéditas, aparentemente contrastantes, en realidad complementarias, en vista de resultados expresivos nuevos. Es así como encontramos juntas sensaciones diversas, sinestias a primera vista sorprendentes¹, fusiones de sabor y tiempo², acercamientos originales de sentidos³.

Vista, tacto, gusto, oído, olfato son convocados por Neruda para dar una adherente interpretación de sí mismo, del hombre y del mundo, en lo positivo y lo negativo. Percibimos de esta manera en su poesía el olor frío de la humedad⁴; nos inquieta, en la representación del otoño, esa visible-palpable “lengua de buey / espeso” que recorre el cielo⁵, y por contraste nos alivia el sabor de las manzanas llevadas por el viento⁶ y las uvas⁷, el paisaje marino, los grandes pinos chorreando lluvia en el Sur de la infancia⁸; llega hasta nosotros el positivo olor de la madera que conquista al poeta⁹, el perfume de los bosques, el que sube de la solidaridad en la persecución¹⁰, el rumor de la noche¹¹, el ruido del mar, llamado insistente a lo largo de toda la creación nerudiana, hasta ser deseo último:

[...] allí quiero dormir entre los párpados
del mar y de la tierra...

1 P. Neruda, “Débil del alba”, en *Residencia en la tierra*, I.

2 P. Neruda, “Por fin se fueron”, en *Estravagario*.

3 *Ibidem*.

4 P. Neruda, “Débil del alba”, *cit.*

5 P. Neruda, “Vuelve el otoño”, en *Residencia en la tierra*, 2.

6 P. Neruda, Soneto “C”, de *Cien sonetos de amor*.

7 Cfr. P. Neruda, X. *El fugitivo*, en *Canto general*.

8 P. Neruda, “Naciendo en los bosques”, en *Tercera residencia*.

9 Ver de P. Neruda “Infancia y poesía”, en *Obras Completas*, Buenos Aires, Editorial Losada, 1967 (3ª Ed.), págs. 30-31.

10 P. Neruda, X. *El fugitivo*, *cit.*, I.

11 *Ibidem*.

Quiero ser arrastrado
hacia abajo en las lluvias que el salvaje
viento del mar combate y desmenuza,
y luego por los cauces subterráneos, seguir
hacia la primavera profunda que renace¹².

Con todos los sentidos alerta, Neruda se acerca al mundo para interpretarlo. Será hasta cierto punto consciente de estar destinado a interpretar la historia¹³, pero antes pasará por experiencias intensamente personales, pasiones y desalientos, hasta encontrar la salida ideal hacia esa “miel del amor”, esa “dulzura vespertina”¹⁴ que coincidirá con una visión política que prometía el rescate del hombre explotado y humillado.

Del mundo rural procede en el poeta su excepcional sensibilidad, mundo donde los animales son seres con quienes se conversa¹⁵, no se necesitan relojes para medir el tiempo, donde la llegada de la lluvia o de la tormenta, el cambio de las estaciones, se anuncia a través del perfume, se oye el grito en los bosques de los grandes árboles que caen, el susurro de la rama cortada¹⁶, mientras el agua corre y canta¹⁷. Neruda ha reivindicado siempre la riqueza de sensibilidad que le dieron sus orígenes. En “Infancia y poesía” confiesa su amor por la madera, elemento que declara “natural” de su vida, su adhesión íntima a la naturaleza¹⁸ y en un poema de *Tercera Residencia*, “Naciendo en los bosques”, consigna la perennidad de las germinaciones, “el mar innumerable / de lo que continúa”¹⁹.

Pero es en otro poema del *Memorial de Isla Negra*, “Lo que nace conmigo”, donde su adhesión al mundo rural encuentra su manifestación más entusiasta y tanto que lo transforma en ámbito mágico, celebrando “los fermentos / del queso, del vinagre”, la “secreta floración del primer semen”, el “canto de la leche” que “cae / de blancura en blancura a los pezones”, “los crecimientos del establo” y hasta el “fresco estiércol de las grandes vacas / de cuyo aroma vuelan muchedumbres / de alas azules”. Y finalmente declara:

Cuando escogí la selva
para aprender a ser,
extendí mis lecciones
y aprendí a ser raíz, barro profundo,
tierra callada, noche cristalina,
y poco a poco más, toda la selva²⁰.

12 P. Neruda, “XXV. Disposiciones”, en XV. *Yo soy*, del *Canto general*.

13 *Ibi.*, “Amor América”, en I. *La lámpara en la tierra*.

14 P. Neruda, “Por fin se fueron”, en *Estravagario*.

15 *Ibi.*, X. *El fugitivo*, en *Obras Completas*, cit., II.

16 Cfr. P. Neruda, soneto n. VI: “En los bosques perdido...”, en *Cien sonetos de amor*.

17 Ver X. *El fugitivo*, en *Obras Completas*, cit., II.

18 P. Neruda, “Infancia y poesía”, en *Obras completas*, ed. cit., I, págs. 25-34.

19 P. Neruda, “Naciendo en los bosques”, en *Tercera Residencia*.

20 P. Neruda, “Lo que nace conmigo”, en *Memorial de Isla Negra*. IV. *El cazador de raíces*.

La selva como sede de la sabiduría, como lo será el océano, “universidad del oleaje”, donde, afirma Neruda, “de algún modo magnético circulo”²¹.

Con su sensibilidad el poeta interpreta temas fundamentales para el hombre. Por lo que atañe al amor la nota personal domina en una multiplicidad de experiencias y por fin en un encuentro definitivo que representa, durante mucho tiempo, la culminación del sentimiento.

Octavio Paz nos recuerda que después de la Segunda Guerra Mundial la inusitada libertad de las costumbres determinó la “erupción del enterrado lenguaje de la pasión”²². Breton fue quien mejor interpretó la que Paz define “función subversiva del amor”²³, pero él mismo fue una de sus más significativas expresiones e interpretó a la mujer como un mundo, ante el cual se veía inerme, hechizado por la música de su cuerpo²⁴.

Siempre hay algo trágico en la relación amorosa; para Octavio Paz es constante origen de muerte, como lo manifiesta en “Raíz del hombre”: “inacabable amor manando muerte”. Es la misma angustia de Rubén Darío, de Gabriela Mistral, de César Vallejo, quien la expresa en “Desnudo barro” de *Los heraldos negros*, identificando a la mujer con la tumba: “¡La tumba es todavía / un sexo de mujer que atrae al hombre!”²⁵. El nicaragüense Joaquín Pasos llegará a ver, en la desnudez del que define “animal que agita las aguas del alma”, algo que recuerda “la dulzura de los gusanos” que pronto comerán “victoriosamente” su cuerpo²⁶. La nueva poesía del siglo XX acentúa generalmente en el amor el sentido de la consumación.

En la experiencia nerudiana el tema presenta matices diversos; en su obra poética pasa del tormento, amor-desamor, de los *Veinte poemas*, a la plenitud de los *Cien sonetos* y *La Barcarola*, y más allá todavía, si dejamos a un lado los chismes que después de la muerte de Matilde pusieron en duda el papel protagonista de esta mujer en *La espada encendida*²⁷. El concepto de que el corazón de los poetas, como el de todos los corazones, es una “interminable alcachofa”, con hojas para “amores verdaderos” y para “todas las sensaciones de la vida”²⁸, está allí como justificación previa, que sin embargo no perjudica la implicación sentimental de Matilde, a la que el poeta chileno dedicó tantos versos apasionados y cuyo amor le dio motivo para ejercitar en su celebración todos los sentidos.

La prueba determinante la tenemos en los *Cien sonetos de amor*, pero el proceso inicia ya a partir de *Los versos del Capitán* y de *Estravagario*. En el “Testamento de otoño”, que cierra este último libro, Neruda aplica a la mujer amada el término “panadería”, para significar todo lo que es bueno y positivo; Matilde, que viene del Sur mítico de Chile, lleva consigo al poeta el clima de la infancia, el “aroma de hojas quemadas”, la “fragancia de frutillas”, presencias de una historia remota:

21 *Ibi.*, “El mar”, en III. *El fuego cruel*.

22 O. Paz, *op. cit.*, pág. 138.

23 *Ibi.*, pág. 139.

24 O. Paz, “Bajo tu clara sombra”, en *Libertad bajo palabra. Obra poética (1935-1958)*, México, Fondo de Cultura Económica, 1960.

25 C. Vallejo, “Desnudo barro”, en *Poesía completa*, Barcelona, Barral Editores, 1978.

26 J. Pasos, “El filósofo a caballo”, en *Poemas de un joven*, México, Fondo de Cultura Económica, 1962.

27 Cfr. a este propósito E. Lafourcade, *Neruda en el país de las maravillas*, Bogotá, Editorial Norma, 1994.

28 P. Neruda, “Infancia y poesía”, en *Obras Completas*, cit, p. 25.

[...] tu boca me traía
 antepasados manantiales,
 citas en bosques de otra edad,
 oscuros tambores mojados:
 de pronto oí que me llamaban:
 era de lejos y de cuando:
 me acerqué al antiguo follaje
 y besé mi sangre en tu boca,
 corazón mío, mi araucana²⁹.

La mujer amada representa la vida y en ella todo se exalta: no solamente el beso pone Neruda en comunicación con las sustancias íntimas de la tierra. Escribía en *Los versos del Capitán*: “y me inclino a tu boca para besar la tierra”³⁰, y que en presencia de la mujer amada todo en él vibraba:

[...] cuando asomas
 suenan todos los ríos
 en mi cuerpo, sacuden
 el cielo las campanas,
 y un himno llena el mundo³¹

Sin embargo, el proceso de consagración de la mujer a través de los sentidos se realiza cabalmente sobre todo en los *Cien sonetos de amor*. Es en los poemas de este libro - que van marcando temporalmente el día, desde la mañana hasta la noche, con sus esperanzas, entusiasmos y angustias-, donde presenciamos la transformación mágica de la materia en la relación que el poeta establece con su amada. La pasión tiene su símbolo en la sangre, cuyo sabor en la boca del amante se expresa a través de términos visuales y olfativos, “claveles”, y térmicos, “quemadura”³². Matilde es síntesis del universo; Neruda escribe: “En tu abrazo yo abrazo lo que existe, / la arena, el tiempo, el árbol de la lluvia”³³. No solamente: la mujer amada se transforma en “trigo”, “harina”, “pan”, alimento imprescindible para la vida,

Oh, pan tu frente, pan tus piernas, pan tu boca
 pan que devoro y nace con luz cada mañana
 bienamada, bandera de las panaderías³⁴.

Una vez más el poeta identifica a Matilde con el país de la infancia, con sus aromas, su dulzura y sus angustias, con el paisaje del alma:

29 P. Neruda, “Testamento de otoño”, en *Estravagario*.

30 P. Neruda, “En ti la tierra”, en *Los versos del Capitán*.

31 *Ibi.*, “La reina”.

32 P. Neruda, soneto VII de *Cien sonetos de amor*.

33 *Ibi.*, soneto VIII.

34 *Ibi.*, soneto XIII.

Y yo sentí el aroma de los bosques errantes,
hallé la miel oscura que conocí en la selva,
y toqué en tus caderas los pétalos sombríos
que nacieron conmigo y construyeron mi alma³⁵.

Toda la riqueza de los sentidos interviene para celebrar el amor, hasta el último de los *Cien sonetos*, ulterior tentativa de eternización para la pareja de los amantes; todo es color y perfume:

En medio de la tierra apartaré
las esmeraldas para divisarte
y tú estarás copiando las espigas
con una pluma de agua mensajera.

Qué mundo! Qué profundo perejil!
Qué nave navegando en la dulzura!
Y tú tal vez y yo tal vez topacio!
Ya no habrá división en las campanas.

Ya no habrá sino todo el aire libre,
Las manzanas llevadas por el viento,
El succulento libro en la enramada,

Y allí donde respiran los claveles
Fundaremos un traje que resista
La eternidad de un beso victorioso³⁶.

La muerte parecería finalmente derrotada por el amor, o a lo menos el poeta lo intenta.

Naturalmente Neruda cantó también otros amores, mujeres anteriores a Matilde, entre ellas a Josie Bliss, una aventura cuyo recuerdo emerge siempre coligado a su experiencia asiática, amor intensamente pasional por una especie de “pantera birmana”, como la define en sus memorias³⁷. En el canto de Neruda domina lo sexual; la mujer es un cuerpo concreto, atractivo en su desnudez; todo de ella despierta deseo en el amante, y éste evoca su recuerdo ennobleciendo la materia, transformándola en color, sabor y música:

Y por oírte orinar, en la oscuridad, en el fondo de la casa,
como vertiendo una miel delgada, trémula, argentina, obstinada,
cuántas veces entregaría este coro de sombras que poseo³⁸,

escribe.

³⁵ *Ibi.*, soneto XXX.

³⁶ *Ibi.*, soneto C.

³⁷ P. Neruda, *Confieso que he vivido. Memorias*, Buenos Aires, Editorial Losada, 1974, pág. 121.

³⁸ P. Neruda, “Tango del viudo”, en *Residencia en la tierra, I*.

Más podríamos decir acerca de la poesía amorosa de Neruda. Añadiré solamente que, gran cantor del sentimiento, bien puede rivalizar, en los *Cien sonetos de amor*, con su modelo, el *Canzoniere* de Petrarca, a cuya Laura fantasmal opone una mujer de carne y hueso, con todas las implicaciones de la vida, humanizándola.

Pero Neruda es sobre todo el cantor de la condición humana y este aspecto de su poesía le ha dado fama internacional. En su canto tienen parte determinante los sentidos y dan a su obra poética dimensión y originalidad extraordinarias.

El núcleo principal de esta poesía está en las *Residencias en la tierra*, para luego extenderse a toda la producción lírica del chileno, en paralelo con su actitud concreta en la vida. A pesar de que en cierta época Neruda repudió gran parte de las *Residencias* anteriores a *España en el corazón*, en realidad siempre las consideró particularmente importantes y tanto que en 1950, cuando yo estaba preparando una selección de sus poemas para la traducción italiana, me escribió recomendándome que incluyera buena parte de las composiciones que oficialmente había rechazado³⁹; lo había hecho, decía, porque las consideraba reflejo de un sistema que pudo llevarlo a la angustia y que, a la luz de su nueva orientación positiva, no le parecía bien depositar, en plena edificación de la esperanza, el “barro aterrador” con el que “nuestros comunes enemigos”, habían ensombrecido su misma existencia⁴⁰.

¿Y quiénes eran estos enemigos? Eran “sus” enemigos, sus propias angustias, que acentuaría el espectáculo de muerte y el asedio de la luz y la soledad durante su residencia asiática, por más que lo haya seguido negando. Ejemplo significativo el poema “Entierro en el Este”, de la primera *Residencia*, donde dominan esos “muertos terribles” que pasaban bajo sus balcones hacia la hoguera ritual, “sonando cadenas y flautos de cobre”, y cuya “trémula ceniza” le confirmaba la insignificancia del hombre, porque sobre el agua

Flotará como ramo de flores calcinadas
o como extinto fuego dejado por tan poderosos viajeros
que hicieron arder algo sobre las negras aguas, y devoraron
un aliento desaparecido y un licor extremo⁴¹.

La prueba concreta de este impacto decisivo la tenemos en varias composiciones reunidas en el segundo libro del *Memorial de Isla Negra*, *La luna en el laberinto*; declara Neruda en “Aquella luz”:

Esta luz de Ceylán me dio la vida
me dio la muerte cuando yo vivía,
porque vivir dentro de un diamante

³⁹ Carta personal del poeta.

⁴⁰ Cfr. en M. Aguirre, *Genio y figura de Pablo Neruda*, Buenos Aires, Editorial Universitaria, 1964, pág. 168.

⁴¹ P. Neruda, “Sepultura al Este”, en *Residencia en la tierra*, I.

es solitaria escuela de enterrado
 es ser ave de pronto transparente,
 araña que hila el cielo y se despide⁴².

Y en “Aquellas vidas” confiesa:

Y si algo vi en mi vida fue una tarde
 en la India, en las márgenes de un río:
 arder una mujer de carne y hueso
 y no sé si era el alma o era el humo
 lo que del sarcófago salía
 [...]⁴³.

Experiencias decisivas, por consiguiente, que venían a sumarse a la condición románticamente desesperada del joven poeta, atento al desmoronarse de su universo.

Fernando Alegría ha llegado a decir que concibiendo un caos tan monumental Neruda ha manifestado como nadie antes la angustia metafísica del hombre hispanoamericano, los terrores, las supersticiones que lo dominan, el sentido de culpa que le han introducido las enseñanzas religiosas y la ininterrumpida tradición de sus antepasados indios, la soledad en medio de una civilización ajena que no comprende y que no puede apreciar, la conciencia doliente de ser un fracaso, el asombro ante la naturaleza, que lo aplasta con sus selvas, los océanos, las montañas, y su decadencia, resultado de la explotación, la desnutrición, el alcoholismo, la pobreza, las enfermedades, de modo que *Residencia en la tierra* es expresión de un drama psicológico y social hispanoamericano⁴⁴.

No iré tan lejos, ni lo definiré “poeta cósmico”, como lo hace Hamilton⁴⁵, porque Neruda lo será a partir del *Canto general*. Más exacto me parece definirlo, en cuanto a este momento de su creación, con Amado Alonso⁴⁶, poeta de la angustia, una angustia muy personal, en la que legítimamente podemos ver reflejada nuestra angustia y la del mundo; una angustia que surge viendo que todo lo que es vivo muere sin cesar.

Para expresar su estado de ánimo Neruda acude a tentativas sucesivas de expresión y a una complicada simbología, ya estudiada por el crítico citado, y que es necesario conocer para penetrar el significado de las *Residencias*⁴⁷. En esta etapa la visión nerudiana del mundo es, por consiguiente, totalmente negativa; el poeta la expresa de manera concreta. La vista sólo contempla panoramas de escombros, una lluvia “rechazada al caer, y sin forma obstinada”, mañanas grises repetidas⁴⁸, donde la luz se difunde con dificultad

42 P. Neruda, “Aquella luz”, en *Memorial de Isla Negra*, II. *La luna en el laberinto*.

43 *Ibi.*, “Aquellas vidas”.

44 F. Alegría, “La evolución poética de Pablo Neruda”, en *El libro y el pueblo*, XIX, 30 (México), 1957, págs. 34-35.

45 C. D. Hamilton, “Itinerario de Pablo Neruda”, *Revista Hispánica Moderna*, XXII, 3-4, 1953, pág. 288.

46 A. Alonso, *Poesía y estilo de Pablo Neruda*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1951 (2ª Ed.), pág. 17.

47 A. Alonso, *op. cit.*

48 P. Neruda, “Vuelve el otoño”, en *Residencia en la tierra*, II.

originando el “día de los desventurados”, un “día pálido”, del cual el olfato percibe el “olor frío”⁴⁹; la sombra es “húmeda” y “callada”⁵⁰; la humedad denuncia la soledad y la pobreza de las casas de las vidas⁵¹; negro, verde y violeta son los colores negativos; paraguas y calzoncillos despiden aguas sucias; olores inquietantes se difunden: el olor dulzón a perfumes baratos de las peluquerías, que hace “llorar a gritos” a Neruda, cansado de ser hombre, el “olor a vinagre” de las zapaterías⁵². No existe sonido, sólo se percibe su falta, o bien son sonidos negativos: el “aleteo inmenso, encima, / como abejas muertas o números”⁵³, días que “cruzan en sigilo”⁵⁴, el avanzar de la muerte, que, proceso espeluznante de desrealización, “llega a golpear con un anillo sin piedra y sin dedo, / llega a gritar sin boca, sin lengua, sin garganta”⁵⁵. De las campanas cae un día “enlutado” y es “como una temblorosa tela de vaga viuda”⁵⁶, o algo “denso, unido, sentado en el fondo”⁵⁷. También el sabor es negativo: se trata de un “sabor solitario”, fundado en “falsas astrologías” y “costumbres un tanto lúgubres”⁵⁸. El poeta se mueve entre “sueños funestos”, un día que “arde sin sacrificio”, un “golpe de objetos” que llaman “sin ser respondidos”; “días negros como viejos hierros”⁵⁹ presiden su inquieta vigilia:

Acecho, pues, lo inanimado y lo doliente,
y el testimonio extraño que sostengo,
con eficiencia cruel y escrito en cenizas,
es la forma de olvido que prefiero,
el nombre que doy a la tierra, el valor de mis sueños,
la cantidad interminable que divido,
con mis ojos de invierno, durante cada día de este mundo⁶⁰.

Al final está la Muerte, alta sobre un puerto, “vestida de Almirante”; hacia ella se dirigen “ataúdes a vela” cargados de “difuntos pálidos”; la cara de la muerte es “verde”, su mirada es “verde, / con la aguda humedad de una hoja de violeta / y su grave color de invierno exasperado”⁶¹. El corazón pasa por un “túnel / oscuro, oscuro, oscuro” y el hombre cae y se ahoga en sí mismo:

Como un naufragio hacia adentro nos morimos,
como ahogarnos en el corazón,
como irnos cayendo desde la piel al alma⁶².

49 P. Neruda, “Débil del alba”, en *Residencia en la tierra, I*.

50 *Ibidem*.

51 P. Neruda, “Walking around”, en *Residencia en la tierra, II*.

52 *Ibidem*.

53 P. Neruda, “Galope muerto”, en *Residencia en la tierra, I*.

54 *Ibi.*, “Alianza (Sonata)”.

55 P. Neruda, “Sólo la muerte”, en *Residencia en la tierra, II*.

56 *Ibi.*, “Vuelve el otoño”.

57 P. Neruda, “Unidad”, en *Residencia en la tierra, I*.

58 *Ibi.*, “Sabor”.

59 *Ibi.*, “Sistema sombrío”.

60 *Ibi.*, “Sonata y destrucciones”.

61 P. Neruda, “So la muerte”, en *Residencia en la tierra, II*.

62 *Ibidem*.

A lo lejos, “un olor y rumor de buque viejo”, de máquinas “fatigadas” que “aúllan y lloran”, que “mascan lamentos” y tragan distancias, “haciendo un ruido de agrias aguas sobre las agrias aguas”⁶³. Los sentidos todos al servicio de lo negativo, de la expresión de una situación personal desesperada.

Con la llegada de Neruda a España todo cambia. Nos lo explica el mismo poeta en “Reunión bajo las nuevas banderas”⁶⁴: es cuando descubre su igualdad con los demás hombres, de los cuales comparte la lucha y la esperanza, repudiando la “sal funesta” de su reciente pasado, los territorios del llanto en los que se había perdido, para celebrar la lucha del pueblo hacia una nueva vida, juntando sus “pasos de lobo / a los pasos del hombre”⁶⁵. Los sentidos están desde ahora al servicio de lo positivo y de la denuncia de la injusticia.

La nueva estación se inaugura con nuevos colores: rojo, azul y oro; la hora es primaveral, “alta de tierra y de perfume”, el corazón del poeta una “flor desbordante, determinada y áurea”⁶⁶. Será un momento breve, sin embargo; los acontecimientos políticos de España anulan el inicial estado de gracia y la guerra civil, con sus destrucciones y muertes, mueve el chileno a denunciar el crimen; lo hace en el largo poema *España en el corazón*, “himno a las glorias del Pueblo en guerra”, que Aragon celebraría como introducción gigantesca a toda la poesía comprometida del siglo XX⁶⁷.

Neruda es aquí poeta de la indignación, la invectiva, y al mismo tiempo poeta de la ternura. El primer aspecto lo representa la condena de los generales Sanjurjo, Mola y Franco al infierno, sobre todo este último, en cuanto máximo responsable, en el centro de un espantoso Averno, como Lucifer, pero sin su dignidad infernal de ángel caído, sin prestigio ni mando alguno, condenado a eterno insomnio: “despierto eternamente /entre la podredumbre de las recién paridas, / ametralladas en Otoño”, niños descuartizados, o negros por la explosión, “trozos rojos de sesos”, “dulces intestinos” de inocentes; y una condena eterna:

*[...] que la sangre caiga en ti como la lluvia,
y que un agonizante río de ojos cortados
te resbale y recorra mirándote sin término*⁶⁸.

Toda la negatividad de los sentidos en función condenatoria, y en medio, por contraste, ráfagas de ternura, en la mención de los inocentes destruidos por la guerra asesina. Cumbre de la ternura el “Canto sobre unas ruinas”, cuyo comienzo repite la solemnidad de la *Canción a las ruinas de Itálica*, de Rodrigo Caro. Colores lóbregos se suceden y colores tiernos anulados: la tierra de “negro azufre” y el “pobre pañuelo” de la víctima; el

63 *Ibidem*, “El fantasma del buque de carga”.

64 P. Neruda, “Reunión bajo las nuevas banderas”, en *Tercera residencia*.

65 *Ibidem*.

66 *Ibidem*.

67 L. Aragon, “Prefacio a la edición francesa de *España en el corazón*”, en P. Neruda, *Poesías completas*, Buenos Aires, Editorial Losada, 1951, pág. 444.

68 P. Neruda, “El general Franco en los infiernos”, en *España en el corazón*.

“hueso destruido” y la “flor” que sale de él; el “polvo”, la “goma”, el “lodo” y la “Sed celeste, paloma / con cintura de harina”; el “luto” y el “temblor de lluvia”; la muerte y la “guitarra” que se ha podrido en la boca de la “fragante novia”; el “mármol deshecho” y la “huella —ya con musgos— del sollozo”⁶⁹.

Sólo en el *Canto general* volverá Neruda, a pesar de la triste historia americana que recorre y sus denuncias, a encontrar matices positivos, sobre todo en el primer capítulo de poemas reunidos en *La lámpara en la tierra*, donde también consigna la asumida conciencia de su misión: “Yo estoy aquí para contar la historia”⁷⁰. Allí están los “ríos arteriales”, las cordilleras ya cantadas por su maestra en la poesía, Gabriela Mistral⁷¹, el “barro trémulo” humano, el pasado precolombino “tierno y sangriento”, la inmensidad del mundo americano, desde la “paz del búfalo” hasta las “azotadas arenas” del Sur extremo, “acumuladas de la luz antártica”⁷². América es un “estambre equinoccial”, una “lanza de púrpura”, su “aroma” sube de las raíces del poeta “hasta la más delgada palabra aún no nacida” de su boca⁷³. Un mundo nuevo surge evocado por la poesía; inéditos matices se imponen con valor positivo; símbolos anteriores negativos —la “humedad”, la “espesura”, el “trueno”— cobran valor nuevo; el “viento” baja trayendo una lluvia formada por “hilos celestes” y el dios devuelve de sus altares las flores y las vidas: “en la fertilidad crecía el tiempo”⁷⁴.

El mundo americano que se está formando es el reino de la maravilla. En el siglo XX sólo dos grandes artistas, Asturias y Neruda, han sabido representar con intensidad de poesía el momento mágico-sagrado de la creación: el primero en “Los brujos de la tormenta primaveral”, de *Leyendas de Guatemala*⁷⁵, el chileno en el capítulo inicial del *Canto general*, donde, por encima de los acontecimientos negativos que denuncia, desde la conquista hasta las dinastías del crimen, se impone el milagro de América. Su verso adquiere potencialidades pictóricas y plásticas presentando el nacimiento de la vegetación, los animales, los pájaros, los ríos y las montañas, la riqueza de la tierra en minerales, fuente más tarde de explotación y sangre. La paleta nerudiana se exalta en la mención del “jacarandá” de “resplandores transmarinos”, de la “araucaria” de “lanzas erizadas”, de la “caoba” que “desde su copa destila(ba) sangre”, y el “alerce”, el “árbol del trueno” y el “árbol rojo”, el “ceibo bermellón” y el del “caucho”. El mundo se llena de “aroma”, que penetra los “intersticios de la tierra”; el “tabaco silvestre alza(ba) / su rosal de aire imaginario”; el “maíz” levanta su “lanza terminada en fuego”⁷⁶. Todo es forma, color y perfume en esta América “Amada de los ríos”, “tatuada” por ellos, “combatida / por agua azul y gotas transparentes”, “diosa oscura que muerde manzanas”⁷⁷. Y nuevamente un canto de gratitud al río de sus orígenes, el Bío Bío:

69 *Ibi.*, “Canto sobre unas ruinas”.

70 P. Neruda, “Amor América”, I. *La Lámpara en la tierra*, en *Canto general*.

71 Cfr. de G. Mistral los *Cantos materiales*.

72 P. Neruda, “Amor América”, en *op. cit.*

73 *Ibidem*.

74 *Ibi.*, “Vegetaciones”.

75 Cfr. M. A. Asturias, “Los brujos de la tormenta primaveral”, en *Leyendas de Guatemala*, ed. A. Lanoel, Madrid, Cátedra, 1995.

76 P. Neruda, *Canto general*, II. *La lámpara en la tierra*: “Vegetaciones”.

77 *Ibi.* “Los ríos acuden”.

Son tus palabras en mi boca
 las que resbalan, tú me diste
 el lenguaje, el canto nocturno
 mezclado con lluvia y follaje⁷⁸.

En el silencio que todo lo ocupa aparece el hombre y ya se prevén sus luchas y sus dolores. La celebración sagrada en las *Alturas de Macchu Picchu* será, en realidad, denuncia de la injusticia que desde siempre ha rodeado al ser en la tierra, la sangre que desde siempre ha vertido. Intentará el poeta llegar al antiguo habitante para documentar una condición distinta, pero la verá negativamente igual a la de hoy. Macchu Picchu será la “escala de la tierra”⁷⁹; el descenso al infierno se realiza, a través de la subida a la región transparente, y el poeta penetrará el secreto de infinitos sufrimientos⁸⁰; caminará Neruda entre el “confuso esplendor”⁸¹ y encontrará solamente “dolor diseminado”⁸², lo que lo inducirá a asumir su misión de denuncia: “Hablad por mis palabras y mi sangre”⁸³.

Neruda trae de sus orígenes notas y colores para interpretar la tragedia del ser humano, en el que, afirma, hay que caer “como en un pozo para salir del fondo / con un ramo de agua secreta y de verdades sumergidas”⁸⁴. En este capítulo de poemas, que la crítica ha reconocido desde siempre como uno de los momentos más altos del *Canto general*, Neruda se muestra nuevamente maestro de los sentidos para formular un alto mensaje solidario.

Los capítulos sucesivos del *Canto general* presentan continuamente contraposiciones entre lo positivo y lo negativo, para hacer más inmediata la denuncia: “valles de dulzura” contra “sangre” y “ceniza”⁸⁵; “verdes tierras” opuestas a “viento asesino”⁸⁶; personajes negativos como Cortés⁸⁷, Alvarado⁸⁸, Pizarro y Almagro⁸⁹, Valdivia⁹⁰ o el obispo Diego de Landa⁹¹ y el “capellán” Valverde⁹². De los tiempos de la conquista pocos se salvan: Balboa⁹³, en cuanto descubridor del Pacífico, mar del poeta, el padre Las Casas⁹⁴, como defensor de los indios, el gran cantor de las gestas de Arauco, Ercilla, a quien acompaña “un frenesí de pájaros / y un trueno en el follaje”, a cuyo “rápido fulgor” “llegará la secreta boca del tiempo en vano”⁹⁵, para decirle que su defensa no ha servido para nada;

78 *Ibi.*, “Bío Bío”.

79 *Ibi.*, II. *Alturas de Macchu Picchu*: “VI. Entonces en la escala de la tierra he subido..”.

80 *Ibidem*.

81 *Ibi.*: “XI. A través del confuso esplendor..”.

82 *Ibi.*: “XII. Sube a nacer conmigo, hermano..”.

83 *Ibidem*.

84 *Ibi.*, “XI”.

85 *Ibi.*, III. *Los conquistadores*: II.

86 *Ibi.*, “III. Llegan al mar de México”.

87 *Ibi.*, “IV. Cortés” y “V. Cholula”.

88 *Ibi.*, “VI. Alvarado” y “VII. Guatemala”.

89 *Ibi.*, “XIII. Cita de cuervos” y “XIV. Las agonías”.

90 *Ibi.*, “XXI. Valdivia”.

91 *Ibi.*, “VIII. Un obispo”.

92 *Ibi.*, “XIV. Las agonías”.

93 *Ibi.*, “X. Homenaje a Balboa”.

94 *Ibi.*, IV. *Los libertadores*: “II. Fray Bartolomé de Las Casas”.

95 *Ibi.*, II. *Los conquistadores*: “XXII. Ercilla”.

todo “vuelve al silencio coronado de plumas” en donde un “rey remoto”, el tiempo, “devora enredaderas”. Ercilla será, con Garcilaso y Quevedo, uno de los poetas siempre amados por Neruda, el cual lo invocará hasta en *Incitación al nixonicidio y alabanza de la revolución chilena*, donde se apropia de algunos de sus versos para exaltar la oposición de los chilenos a cualquier dominación de su patria⁹⁶.

Vendrán luego en el *Canto general* las invectivas contra los dictadores, amamantados “con venenosa leche de serpiente”⁹⁷; ensombrecen los colores, el aire se vuelve malo-liente, la pudrición está doquiera, arden en la noche luces infernales, aves de mal agüero dominan la espesura nuevamente aterradora, sudores ácidos matan al “jazmín” y todo se prostituye, hasta la poesía. La corrupción generalizada deja olores negativos:

Ha quedado un olor entre los cañaverales;
una mezcla de sangre y cuerpo, un penetrante
pétalo nauseabundo⁹⁸.

No daré aquí, naturalmente, el índice de los capítulos del poema, bien conocidos por otra parte. Señalaré solamente, por lo que concierne al tema que trato, el grupo de poemas reunidos en “El fugitivo”, donde los sentidos nuevamente despliegan toda su potencialidad en el canto, y de donde sube con el perfume de la tierra el de la solidaridad. Neruda es nuevamente el gran intérprete de la naturaleza y sobre este panteístico sentimiento funda recurrentes utopías⁹⁹. De cualquier manera, es posible en estos versos penetrar, más allá de toda sospecha de retórica, la gran sensibilidad del poeta, que se manifiesta en colores y olores positivos, en escenas que la vista capta como documentos de la bondad¹⁰⁰, en rumores que hacen misteriosa y acogedora la noche, esa “noche austral del mundo”¹⁰¹, noche de Valparaíso de “mil párpados / que temblaban en el aire”¹⁰², un aire que del “mar nocturno” entra en la boca del poeta; “tierra nocturna” que con sus labios llega hasta el perseguido, para que tranquilamente duerma; al fondo un ladrido de perros y un rumor de grillos construyéndose¹⁰³.

Del *Canto general* a los tres libros de las *Odas* el paso es breve y Neruda confirma sus cualidades ya ilustradas, en pequeñas obras maestras, como, entre las muchas, la “Oda a la cebolla”¹⁰⁴, toda transparencia, la dedicada a “Jorge Manrique”, himno a la vida, mientras la “Oda a unas flores amarillas” reflexiona sobre nuestro límite¹⁰⁵. Y en *Navegaciones y regresos* la “Oda al piano”, toda música, o la “Oda a la sandía”, derroche

⁹⁶ P. Neruda, “XLIV. Juntos hablamos”, en *Incitación al nixonicidio y alabanza de la revolución chilena*, Santiago de Chile, Empresa Editora Nacional Quimantu, 1973.

⁹⁷ P. Neruda, *Canto general*, V. *La reina traicionada*: “Los verdugos”.

⁹⁸ *Ibi.*, VI. *América, no invoco tu nombre en vano*: “IX. Los dictadores”.

⁹⁹ Cfr. a este propósito mi trabajo “Pablo Neruda, fundador de utopías”, en *Actas de la Asociación Internacional de Hispanistas*, Madrid, Istmo, 1986, I.

¹⁰⁰ P. Neruda, *Canto general*, X. *El fugitivo*: “El fugitivo”.

¹⁰¹ *Ibi.*, “VI. Ventana de los cerros! Valparaíso, estaño...”.

¹⁰² *Ibi.*, “V. Otra vez, otra noche, fui más lejos...”.

¹⁰³ *Ibi.*, “El fugitivo”.

¹⁰⁴ P. Neruda, “Oda a la cebolla”, en *Odas elementales*.

¹⁰⁵ P. Neruda, “Oda a unas flores amarillas”, en *Tercer libro de las odas*.

de color, cromatismos que sólo se repetirán, acentuados, en *Canción de gesta*, al describir Neruda las aves de Venezuela.

Pero ya no todo es color ni aroma, perfume, sabor, música o tacto. El poeta que se ha definido en el “Testamento de otoño”, de *Estravagario*, hombre “claro y confundido”, “lluvioso y alegre”, “enérgico y otoñabundo”¹⁰⁶, se hace esencialmente intérprete de las inseguridades del individuo y del recurrente llamado de la muerte. No será solamente la contemplación de la nada humana en “Ya se fue la ciudad”, del libro citado¹⁰⁷, sino el insistente reclamo del tiempo que “se escapa” y, como se expresa en *Jardín de invierno*, con “voz de viuda” le llama “desde los bosques olvidados”¹⁰⁸, la constatación, en *El libro de las piedras*, que todo, menos la piedra, es del gusano y que al hombre

No lo preserva el tiempo que lo borra:
la tierra de unos años lo aniquila:
lo disemina su espacial colegio¹⁰⁹.

El problema es cada vez más personal. Ya lo vemos en el *Memorial de Isla Negra*, donde tiempo y muerte se mezclan continuamente. Será más que evidente en numerosos poemas, no sólo de *Geografía infructuosa*¹¹⁰, sino, superada la estación de los *Cien sonetos de amor* y la ilusoria euforia de *La espada encendida*, en los varios libros publicados póstumamente, especialmente en *El mar y las campanas*, acentuadamente autobiográfico y tan cerca del clima de las primeras *Residencias*. Por otra parte, los sucesos de las décadas últimas del siglo no podían dejar de influir en Neruda. Ya en *Fin de mundo*, frente a la guerra de Viet Nam, la ternura nerudiana contemplaba con desesperación la tragedia de la juventud inocente destruida por el napalm de los “aéreos asesinos”¹¹¹, mientras la invasión soviética de Praga le comunicaba un pesimismo total acerca de todo aquello en lo que él había creído, y tanto que, desalentado, incitaba dramáticamente a que nos preparáramos a morir “en mandíbulas maquinarias”, “digeridos por un tanque”¹¹². Los últimos años de Neruda, entre la enfermedad y las esperanzas perdidas, lo llevan en su poesía a acentuar los tonos sombríos. Pocos colores quedan: el verde añorado de las praderas y los bosques de su infancia, el azul de un mar cada vez más inalcanzable; sensaciones de frío se acentúan; el panorama se ensombrece definitivamente, hasta volver al clima que caracterizaba “Débil del alba”:

Hora por hora con una cuchara
cae del cielo un ácido
y así es el hoy del día,
el día de hoy¹¹³.

106 P. Neruda, “Testamento de otoño”, en *Estravagario*.

107 *Ibi.*, “Ya se fue la ciudad”.

108 P. Neruda, “La piel del abedul”, en *Jardín de invierno*.

109 P. Neruda, “XVII”, en *El libro de las piedras*.

110 Cfr. P. Neruda, “El cobarde”, en *Geografía infructuosa*.

111 P. Neruda, “Las guerras”, en *Fin de mundo*.

112 *Ibi.*, “Muerte de un periodista”.

113 P. Neruda, “Desde que nació...”, en *El mar y las campanas*.